



LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA
Méndez Alvaro, 2, 1.º Apartado 547.
Horas: de nueve mañana á una tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

- VICENTE VEGA
Sección vermouth.
RICARDO GIL
Dolora.
JOSÉ QUÍLEZ VICENTE
En el camino...
E. VILLEGAS ESTRADA
El señor Don Amor. — Yo soy
como los gatos.
El Teatro: Desengaños y amar-
guras.
GUY DE MAUPASSANT
¡Salvada!
LUIS ESTESO
Chascarrillos y epigramas.
CLARITO
«Fortuna» te dé Dios, hijo...
N. HERNANDEZ LUQUERO
Sueño de loco.
M. R. BLANCO - BELMONTE
Cancionero galante: Blanco.
BÉTICO, MATEOS, TINO,
M.-S. y MENOY
Varios dibujos y retratos de
María de la Mata, Diego Mazquia-
rán («Fortuna») y Luis Esteso.

5 céntimos



MARÍA DE LA MATA

Bella y popular cupletista que se ha abierto paso en Madrid á fuer-
za de su Regencia de Madrid éxitos ruidosos en el teatro, Remea
y en varios otros coliseos.



UNA FRANCESA

Dime: ¿cuál es tu país?
 ¿Es la Francia ó la Alemania?
 Es la vieja tierra francesa
 de Kleber y de La Marsellesa;
 la tierra de los soldados atrevidos
 de fría é intrépida audacia
 que miran la muerte cara á cara.
 ¡Es la antigua, la noble Alsacia!

Antes cambiará de sitio el cora-
 zón
 que deje de ser francesa la noble
 [Alsacia.]

(Canto popular alsaciano, 1870.)

Las notas de la antigua canción alsaciana se pierden entre los «bibelots», se amortiguan en los tupidos cortino-

EN ÚLTIMO CASO..



—Mira, Zenoncito: ese extranjero es el que me compra el collar de perlas con tal de que te abandone.

—Pero tú no le harás caso, porque me quiere. Por eso, y porque, en último caso, me comprarán el collar tú, ¿verdad?

nes, ó en su deseo de llevar al exterior el rabioso sollozo del pueblo alsaciano se escapan por la entreabierta ventana. Madame de Loalyse deja de pulsar las teclas del magnífico «Erard», y permanece abstraída largo rato ante el desnudo teclado. Madame de Loalyse es vieja, muy vieja. Allá, en sus mocedades, diz que fué camarera de Eugenia de Montijo, aquella española que consiguió de su hermosura y sus virtudes una corona de emperatriz. Madame, pese á sus años, conserva la gentileza y el donaire que la hicieron ser preferida como esposa del más gallardo oficial del ejército del Segundo Imperio. Madame de Loalyse es de esas mujeres de quienes aseguramos que «fueron muy hermosas». Madame de Loalyse es mi amiga, mi mejor y más íntima amiga...

Los rayos del sol poniente tienen la sillería de palo rosa con extraños matices rojizos. El reloj, que sobre la chimenea sostiene unos traviosos amorcillos, deja oír, lentamente, ceremoniosamente, seis campanadas. ¿No es esta la hora de las meditaciones, de las confidencias? Sí, debe de serlo, porque madame de Loalyse, de ordinario discreta y silenciosa, fijando sus ojos de esmeralda sobre un periódico parisién que reproduce con chillones colores espectralizantes escenas de la guerra europea, me dice con voz cristalina, recuerdo indeleble de su juventud:

«—Hacia tres meses que mi esposo, capitán en la división Mac-Mahon, había caído muerto en el campo de batalla; después de besar su pálido rostro por última vez y darle cristiana sepultura, me encontraba en Verchay (Alsacia), en una granja de mi propiedad.

Una tarde, al anochecer, vi llegar desde la ventana de mi cuarto un oficial. Creyendo que buscarían un albergue donde pasar la noche, bajé y ofrecí

al jefe de aquellos bravos todas las habitaciones de la granja.

—Gracias, señora—me respondió con apagada voz—. Nos es imposible detenernos. Un hábil movimiento de la caballería prusiana nos ha separado del grueso de las fuerzas, y hace dos horas que marchamos perseguidos por un escuadrón de hulanos.

—Teniente—contesté impetuosa—, los muros de mi granja sabrán servir de bastiones. Entrad y haceos fuerte en ella.

—¡Oh, señora! Las fuerzas que nos persiguen nos triplican en número; mis hombres están extenuados y apenas si entre todos disponen de un centenar de cartuchos. La resistencia equivale á entregarnos al enemigo.

—Entonces...

—Entonces vamos á reanudar la marcha y á buscar seguro asilo con las sombras de la noche en el bosque de Voudres, donde los hulanos no osarán penetrar. ¡Soldados—exclamó—, un esfuerzo más y nos ponemos en salvo!... ¡Adelante!...

Y los soldados reanudaron la marcha; eran veinte ó treinta, pálidos, demacrados, con los uniformes descoloridos, y en el rostro un gesto de infinita tristeza y de impotente rabia. El bosque á que aludió el oficial estaba á nueve kilómetros de la granja, y aquellos fatigados soldaditos tardarían más de siete horas en recorrerlo.

No bien el último uniforme francés desapareció á lo lejos en una revuelta del camino, cuando un escuadrón de hulanos hizo irrupción en la plazoleta que había delante de la granja. Un grueso «hauptmann» de cara color púrpura y ensortijada barba rubia marchaba á la cabeza.

—«Dieu!»—me dije—. Si estos hombres continúan sin detenerse la persecución de «mis» franceses, antes de una hora los habrán alcanzado. Es preciso retenerlos todo el mayor tiempo posible.

El capitán prusiano me interrogó, y yo, ¡claro!, negué haber visto á nadie.

—Y decid, capitán—agregué, lanzándole una mirada acariciadora—, ¿por qué no descansáis un rato y dejáis á vuestros soldados que hagan lo mismo?... ¿Me permite usted que le ofrezca una apetitosa comida y... una buena cama, si acaso la necesita?

El «hauptmann» me examinó de pies

COSAS DE LOS DUETOS



—Te juro, Ernestina, que ese viejo que acabo de presentarte es muy duro de cocer...

—No es preciso: me conformo con que sea fácil de calentar.

á cabeza, y, riendo groseramente, me dijo:

—Conque ¿tenéis una buena cama?

—Excelente, capitán—le respondí, adoptando un aire de inocencia.

—Pues... acepto vuestra hospitalidad. Dió orden á sus hombres de echar pie á tierra, y un cuarto de hora después nos sentábamos á la mesa. Podéis agurraos esta comida... Más de diez veces intentó besarme aquel militarote; yo resistía débilmente, procurando exacerbarle más y más. De cuando en cuando miraba con disimulo el reloj, y mi pensamiento iba tras de aquellos soldaditos fatigados... «Dieu!» ¡Qué despacio marchaba el tiempo!

La comida tocaba á su fin. ¡Podré tenerlo todavía por algunas horas?, me preguntaba. El «hauptmann» apuró de golpe una copa de Borgoña, y levantándose, exclamó:

—¡Se acabó!... Madame... Gracias.

y «au revoir». Tengo que cumplir mi deber.

—Pero, capitán, ¿adónde vais? Está helando; los caminos, intransitables...

—¡Oh, ta, ta! En la guerra como en la guerra. Si no me hubiera detenido tanto, á estas horas habría deshecho á cierto destacamento francés... «¡Forvertz!»

Y se dispuso á salir. Pero, ¡ah!, no contaba con que yo me había propuesto salvar á «cierto destacamento francés»... Fingiendo que se me había soltado una liga, levanté mi falda hasta mostrar las blancas puntillas del pantalón, y entonces el pobre «hauptmann» balbuceó, cayendo de rodillas:

—¿Me permitís?... .

Puse mi cabeza al nivel de la suya, y le ofrecí mis labios. Me besó brutalmente; sus manos recorrían febriles las líneas de mi cuerpo.

—¿Dónde está su habitación?...
¿Dónde está?

—Arriba—respondí, sonriéndole lánguidamente.

—Pues vamos... Venid. Os adoro... Ven...

NUESTROS DIBUJANTES



El admirable Paco Mateos, que en Portugal está demostrando á los lusitanos que también por aquí se sabe hacer cosas con el lápiz.

Subimos; pretendió arrojarme sobre una «chaise-longue»; pero yo, siempre sonriente, le enseñé el lecho.

—Sí, sí... Ven...

Empezó á desnudarme. Yo le dejaba hacer... y los minutos iban transcurriendo poco á poco, muy poco á poco...

Sus labios quemaban, sus abrazos me hacían daño. Pero era forzoso corresponder á aquellas caricias... «Dieu!» ¡Qué noche más horrible! Aquel hombre que había vivido durante varios meses la vida austera del militar en campaña, me ahogaba, me destrozaba... Sentí defallecer mi naturaleza; mis energías se agotaban, y entre los brazos de aquel... monstruo, me dormí...

Cuando desperté, las pálidas tintas de la aurora iluminaban mi habitación; á mi lado, el «hauptmann» roncaba estrepitosamente; yo apenas si podía tenerme en pie...

Una hora más tarde, juzgando, sin duda, inútil continuar la persecución, el escuadrón se puso en marcha hacia las líneas prusianas... Los soldados franceses se habían salvado... «Voilà tout...»

Al acabar madame de Loalyse su relación, me he inclinado para besar su mano, y he chapurreado en mal francés:

—«Ça n'est pas autre chose que l'heroïsme, madame...»

VICENTE VEGA.

DOLORA

Entre los dos mi corazón un día enterramos... ¿Te acuerdas?

Tu delicada mano abrió la fosa, tu pie menudo apisonó la tierra.

—Bien muerto está, dijiste, y sin mi te alejaste riendo... [rarme]

—Descansa, murmuré, corazón mío, descansa en tu sepulcro, ya era tiempo. He pasado, al volver la primavera, por el rincón aquel tan silencioso...

¡Oh, corazón tenaz!... De él ha brotado un violeta azul como tus ojos.

RICARDO GIL.

En el camino...

Envío.

Para una adorable pecadora que padece la locura sublime del romanticismo.

¡Oye, pecadora!... Todos los que, ambiciosos y sedientos de gloria, marchan por la tortuosa senda de la bohemia en busca de la quimera color de rosa, llevan á su lado una mujer, una muñequita adorable, buena y pecadora; esa figurita gentil con la que todos los poetas sueñan.

Ella es la que en este pedregoso camino de la vida, cuando el poeta cae rendido por el cansancio, le consuela y fortalece con sus besos largos y suaves; entre sus brazos de rosa y nieve hace que el poeta olvide las ingratinidades de la suerte y no se dé cuenta de que el camino de su vida es interminable. Y, sin embargo, es feliz el poeta, porque en medio de las tinieblas de su desventura, ve una lucecita brillante, ve unos ojos negros ó azules que le acarician y le envuelven en un fuego de amor.

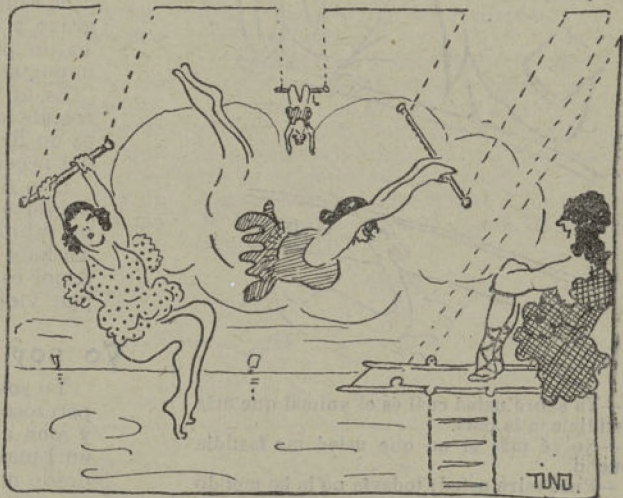
¡Oye, pecadora!... Yo, también poseído de ese delirio del triunfo, he emprendido el camino para ir en su busca; pero mis fuerzas me han engañado; mi voluntad de acero siento que se quiebra cual frágil porcelana, y mis ojos contemplan aterrizados el tenebroso páramo de una vida que pretendo seguir como un peregrino.

He hecho un alto en mi triste camino: junto á mí han pasado, como una alegre comparsa carnavalesca, muchos poetas alegres, dichosos... todos llevando de la mano á sus Colombineas adorables.

También has hecho un alto en tu camino. Junto á mí has descansado, y con esa deliciosa vanidad de cortésana hermosa, me has contado tu vida galante y el cariño que te han tenido muchos hombres.

No, eso no era cariño. Esos hombres que han llegado hasta tus plantas arrastrando la baba del deseo y de la lascivia no pensaban en tu alma, ni adora-

MIS RECOMENDADAS



Suben muy altas, y se tiran las cuatro á un tiempo. ¡Qué proporción para los concejales del Retiro!

ban tu corazón: buscaban tus encantos tu cuerpo soberano, repleto de juventud, para despedazarlo, para prostituirlo en un desenfreno de lujuria asquerosa.

¡Oye, pecadora!... La mujer que, como tú, conserva en medio de su vida de crápula un corazón que siente la locura sublime del romanticismo, no puede, no debe caer en el fango de la perdición.

¡Tú eres buena!... A ti no pueden culparte de haber ido rodando de un hombre á otro: la culpa fué del que no supo encontrar esa fuente inagotable de buenos sentimientos que encierra tu corazón de romántica.

Yo, cuando, loco de placer y de pena,

LOS PATOSOS



—Ya sabrá usted cuál es el animal que más fastidia con la pata.

—No sé más si no que usted me fastidia mucho.

—Pues mire usted: todavía no la he metido hoy.

he estrechado entre mis brazos el marfil de tu cuerpo divino y sentido en mis entrañas la locura de la posesión; cuando he visto en tus ojos verdes, en esos ojazos, tan grandes como misteriosos, la llama del delirio, he sentido una vida nueva y he odiado con toda mi alma á los que quisieron hacer de tu cuerpo mercancía de lupanar, ignorando, ¡imbéciles!, que tu espíritu y tu alma eran dignos de adoración.

¡Oye, Beatriz!... Yo he visto que en mi pecho hay un querer doco, frenético, hacia ti, hacia la pecadora que me entregó su cuerpo, no como una ramera despreciable, sino poniendo en tus labios y en tus ojos palabras y miradas de doncella adorable y ruborosa.

Por eso, no quiero recoger con mis labios ese caudal de romanticismo que, como el agua de una fuente, salta de

tu boca y de tus ojos y emborracharme hasta la locura.

Y entonces, si, por desgracia, no quieres ser mi Colombina en este camino de mi vida, arma tu mano de muñeca con ese lindo puñalito que guardas, y sepúltalo con firmeza en mi garganta, de la cual, entre suspiros de agonía, saldrán estas frases: ¡Toma mi sangre, nena...; toma mi sangre!

JOSÉ QUILEZ VICENTE.



El señor Don Amor

El señor Don Amor, grave y transcendental, es un pobre señor importante y banal.

Es un viejo reidor, romántico y carnal; es un fiel servidor del pecado mortal.

Don Amor es así, perverso y bonachón, un sabio y un gilí. Ya hace tiempo que Don Amor es, para mí, ¡un viejo fanfarrón!

Yo soy como los gatos

Yo soy, como los gatos, perezoso y felino, y amo á la Luna como un Linares Becerra desde mi cuna. Llevo un siniestro destino: el destino de un gato frente á una vida perra. Tengo un viejo fastidio que me entorna los ojos, al amor de la lumbre, en las noches de invierno, y en mis pupilas verdes, hay como un rojo infierno...

—¡Me lo ha dicho una novia entre graves sonrojos!— De mi señora y dueña he sufrido un castigo, porque, en cierto descuido, me escapé contigo, escaleras arriba, hasta tu principal. Y una noche de Enero, clara como la Luna, he tenido el blanco presentimiento de una tragedia pierrotina al brillo de un puñal.

F. VILLEGAS ESTRADA

EL TEATRO

DESENGAÑOS Y AMARGURAS

LA carrera teatral es de las más difíciles... y de las más ingratas. Los públicos, por regla general, elevan idolos por el gusto de derribarlos; niños grandes y caprichosos piden juguetes y más juguetes, pero juguetes con almas tiernas y sensibles, para detrozarlos y «ver lo que tienen dentro». ¡Pobres actrices! ¡Pobres actores cuando empieza á teñirse su pelo de plata y las arrugas comienzan á apergaminar sus rostros, ya descoyuntados por una eterna ficción!

Las multitudes, que *no ven* el esfuerzo de un corazón dichoso condenado á hacer llorar cuando un relámpago de felicidad le sonríe; ó de un corazón lacerado por una pena reciente, al que el deber obliga á provocar sus carcajadas, se olvida pronto de estos mártires de un arte que reclama una violencia continua, capaz de hacer pedazos el más robusto sistema nervioso.

El público de los circos taurinos grita continuamente:

—¡Caballos! ¡Caballos!

El público de los espectáculos teatrales, más cruel que el otro, vocifera sin cesar:

—¡Cómicos! ¡Cómicos!

Y así hace salir á la arena cómicos y cómicos que, después de ser corneados por la injusticia, son arrastados por el desengaño y la amargura.



¿No se acuerdan ustedes de *un tal Julio Ruiz*?

Sus creaciones en el arte cómico son incabables é imperecederas; dos generaciones han disfrutado las delicias encantadoras de su ingenio, de ese ingenio agudo y originalísimo que le valió la popularidad; otras dos generaciones de artistas aprendieron de él la difícil facilidad de cautivar á sus oyentes y de conseguir ovaciones tan espontáneas como estruendosas.

Pero Julio Ruiz, como todo lo humano, y, sobre todo, como todo lo humano que sufre mucho, se hizo viejo pronto, y empezó á encontrar el vacío á su alrededor, hasta el extremo de tener que abandonar la Patria, la Patria de sus amores y de sus triunfos, para ir á buscar un pedazo de pan al otro lado de los mares.

Transcurridos unos cuantos años, que fueron años de martirio y de infierno para el pobre desterrado, volvió Julio Ruiz á España con la vana ilusión de que su presencia avivaría pasados y dichosos recuerdos.

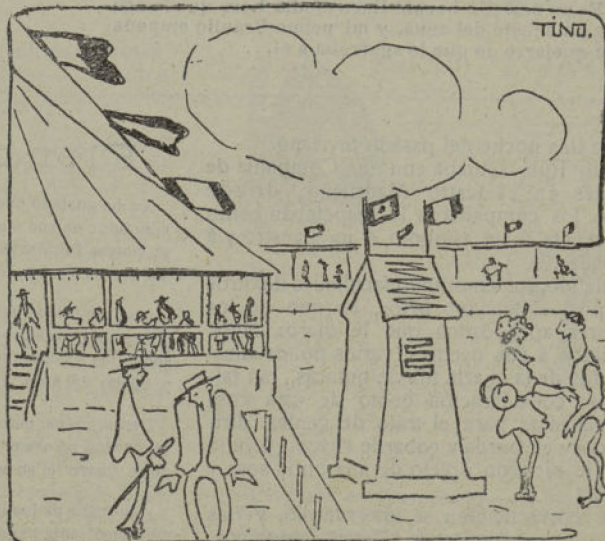
¡Triste ilusión!

Los mozos no le conocían, y los viejos no le recordaban ó no querían recordarle.

Y empezó un calvario sin nombre para el antiguo favorito de los públicos españoles, y el que antes era rifado por las Empresas, se vió en la precisión, ¡y gracias!, de ir á dar con sus huesos y con su arte á los templos de Talía más humildes é impropios del gran actor.



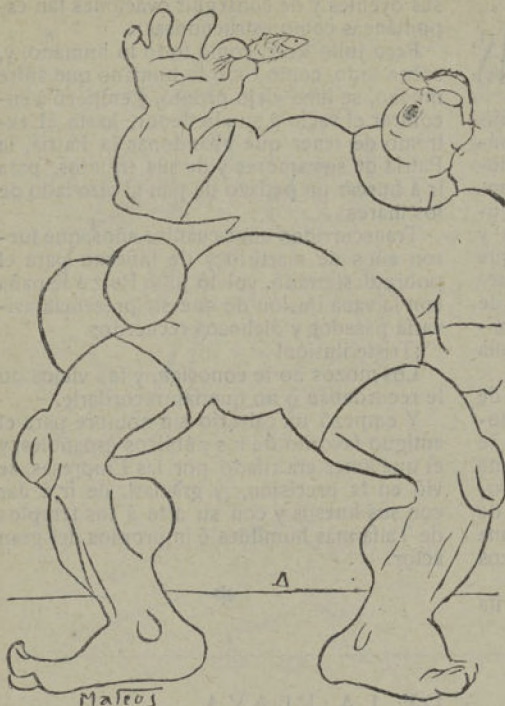
DE LA PLAYA



—Pero ¿qué has hecho? ¿Te has metido las calabazas por debajo del traje?

—No, mujer; no son las calabazas...

PESCADOR QUE PESCA UN PEZ...



—¡Es un pez! ¡Un barbo! Hace media hora que lo agarraba yo debajo del agua, y mi primo Braulio empeñado en quejarse de que le agarraba á él...

Era una noche del pasado invierno. Julio Ruiz actuaba con una Compañía de varietés en el teatro Madrileño, donde todos los compañeros le respetaban como se respeta á un símbolo, á un maestro y á un padre.

Cuando, recordando facultades de otros tiempos, el anciano actor, en uno de los célebres aporósitos que le dieron fama, deleitaba á sus oyentes, varios pollos almirados de la cuarta fila de butacas, tan faltos de consideración como de otra cosa esencialísima para el trato de gentes, dirigiéndose en burda y cobarde chacota á Julio Ruiz, le hicieron objeto de una burla soez y grosera.

La representación se interrumpió, y tras de algunos segundos de silencio imponente, el actor que acompañaba al veterano maestro en escena avanzó á las candilejas, y, encarándose serenamente con sus interrupto-

res, contestó con valentía, después de haber invocado un brevísimo compendio de su historia pasada y de su desgracia actual.

Reaccionaron las masas, demostrando y queriendo agredir á los pollastres.

La misma Autoridad, á despecho de lo que despóticamente dispone el Reglamento de teatros, dejaron pasar sin correctivo la falta de que un actor se dirigiese al público para rechazar injurias.

Los modestos compañeros del eminente actor, pensando quizá en un lance semejante que les reservará el mañana, vertían lágrimas de veneración y cariño al maestro.

La ovación, unánime y clamorosa, borró, como una esponja, la basura del agravio inmerecido.



¡Pero Julio Ruiz se morirá de hambre!

¡Ya lo verán ustedes!

Los públicos, por regla general, elevan ídolos, nada más que por el gusto de hacerlos pedazos después.



¡Flor del vicio!...

Yo he gustado el contacto de su carne ulcerada, y he leído en sus ojos de profundas ojeras un poema infinito de amorosas quimeras... ¡La eterna y triste historia de su vida pasada!

Aun recuerdo sus labios sensuales, de carmín, en los que tantas veces los míos se posaron sedientos é insaciables, y dichosos libaron el néctar del amor en un beso sin fin.

Desangrados, marchitos los hallé esta mañana. Su cuerpo no era el mismo; en la color maisana de su rostro leí su amargo padecer;

y en lugar de inspirarme tristeza y compasión, me causó repugnancia... ¡Es que en mi corazón palpitaba el encanto de la hembra de ayer

José M. BRAÑA.

☐ Buenos Aires,

DEL CERCADO AJENO

LOS GRANDES CUENTISTAS

¡SALVADA! La marquesa de Reunedón entró en el gabinete como un rayo, y empezó á reír á carcajadas, con tantas ganas como reía un mes antes al anunciar á su amiga que acababa de engañar á su marido, eso sí, nada más que para vengarse, y por una sola vez, porque el marques, su esposo, era tan celoso como estúpido.

La baronesa de la Grangerie dejó sobre el diván el libro que leía, y miró á Julia con curiosidad, contagiada por el alborozo de su amiga.

—¿Cómo lo has hecho?—preguntó.

—¡Oh!... querida mía... Es curioso, muy curioso... Figúrate que me he salvado... ¡que me he salvado!

—¿Cómo! ¿Salvado?

—De mi marido, hijita, de mi marido... ¡Ya estoy libre!

—¿Libre?... ¿De qué?

—No me has comprendido... Quiero decirte que ya tengo en mi mano el divorcio.

—¿Te has divorciado?

—Material y definitivamente, todavía no... Pero tengo pruebas de que me era infiel... Un «flagrante delito» es lo que he conseguido.

—Pero ¿qué ha pasado, vamos á ver?

—Verás. Desde hace tres meses, mi marido estaba insoportable, odioso, brutal, grosero, autoritario, repugnante. «Esto no puede seguir así», decía me á mí misma. El divorcio se impone; mas ¿cómo lograrlo?... Hice todo lo posible por que me maltratase; no lo pude conseguir. Me contrariaba en todo desde la mañana á la noche, me obligaba á salir cuando yo no tenía gana, y á quedarme en casa cuando quería salir; me hacía la vida imposible; pero no me pegaba. Entonces, me dediqué á averiguar si tendría querida; y, en efecto, supe que tenía una; pero tomaba toda clase de precauciones, y era casi imposible sorprenderle... ¿Sabes lo que he hecho ante esa imposibilidad? Pues rogar á mi hermano que me facilitase el retrato de

esa individua. Al día siguiente, mediante quince luses, ya estaba en mi poder... Mi hermano me dió después interesantes detalles sobre su talle, el color de sus cabellos... sobre mil cosas más. Con estos detalles me fui á casa de...—¿cómo lo dire?...—Bueno, á casa de un hombre de esos que se dedican á todos los negocios, que son agentes de publicidad y complicidad... En fin, ya comprendes. Fui á su casa, y enseñándole el retrato de Clarisa (así se llama ella), le dije: «Caballero, necesito una criada que se parezca á este retrato. Es preciso que sea bonita, elegante, limpia y discreta. La pagaré lo que pida y estará á mi servicio tres meses

CHIQUILLADAS



Mateo

—¿Conque te han vestido de largo, eh? Ahora no llevarás el pantalón abierto por detrás, ¿verdad?

—¡Tampoco tú llevarás el tuyo como antes!...

—Sí, chico, sí: yo cada día más abierto...

todo lo más.» El agente me preguntó con aire asombrado: «¿Desea usted que esa persona sea irrepachable?» Me puse colorada, y respondí: «Sí, en cuanto á probidad.» El agente continuó: «¿Y en cuanto á costumbres?» No me atreví á responder; sólo tuve valor para decir que no con un movimiento de cabeza. De pronto comprendí que el agente tenía una horrible sospecha, y exclamé apresuradamente, avergonzada por la malicia de aquel hombre: «Caballero, es para mi marido, que me engaña fuera de casa, y yo quiero que me engañe dentro... ¿Comprende usted?... Para sorprenderle.» El agente se echó á reír, y adiviné en su mirada que me había devuelto su estimación. «Dentro de ocho días, me dijo, tendrá usted lo que necesita; si no reúne las condiciones precisas, puede devolvérmela y se cambiará por otra. No respondo del éxito. De todos mo-

DE REGRESO



—Dice «Grillito» que la que mejor ha hecho «El chiquillo» es Julia Fons. Pues lo habrá hecho igual; pero mejor que yo, lo dudo...

dos, no me pagará usted hasta que el asunto esté terminado.» Me marché contentísima, encantada. Tres días después, se me presentó en casa una

muchacha alta, morena, muy guapa, con un aire atrevido é inocente al mismo tiempo, un gesto de taimada que me gustó mucho. Estuvo correctísima conmigo; y yo, no sabiendo quién pudiera ser aquella joven, la saludé llamándola «señorita».

—La señora puede llamarme Rosa— contestó con sencillez.

—Muy bien. ¿Sabe usted para lo que viene á mi casa?

—Lo sospecho.

—¿Y eso la... la disgusta?

—Con este será el octavo divorcio que habré facilitado. Ya estoy acostumbrada.

—Perfectamente. ¿Necesita usted mucho tiempo para conseguir lo que deseo?

—Eso depende del carácter del señor. Cuando le haya visto á solas, podré responder con exactitud á la señora.

—Así se hará.

—Ahora, si la señora me lo permite, voy á empezar mi servicio.

Y, en efecto, comenzó á ocuparse de los quehaceres de la casa con una naturalidad encantadora. Una hora después, volvió mi marido. Rosa no levantó los ojos hacia él; pero él, en cambio, los levantó hasta ella. Al cabo de cinco minutos, salió Rosa. Mi marido preguntó:

—¿Quién es esa muchacha?

—Mi nueva doncella.

—Es muy bonita.

—Sí, ¿eh?

—Quiero decir tratándose de una criada.

El pez empezaba á morder el anzuelo. Aquella misma noche, me dijo Rosa:

—Puedo asegurar á la señora que el asunto será cosa de quince días. El señor es muy fácil.

—¿Ha ensayado usted ya?

—No, señora; pero eso se conoce en seguida. Al pasar por mi lado comprendí que me hubiera besado de buena gana.

—¿No la dijo á usted nada?

—No, señora. Me preguntó solamente mi nombre, sin duda para oír el timbre de mi voz.

—Muy bien, Rosa. Vaya usted todo lo de prisa que pueda.

—Descuide la señora; no resistiré mas que el tiempo que juzgue necesario.

A los ocho días, apenas salía mi marido de casa. Le veía á todas horas por los pasillos, y no me impedía salir, detalle altamente significativo. Por mi parte, todo el día estaba fuera, para dejarle el campo libre. Al noveno día, al tiempo de hacerme Rosa el tocado de noche, me dijo con aire candoroso:

—Ya está, señora... desde esta mañana.

Confieso que me sorprendió, no la noticia, sino la manera como Rosa me lo dijo, y balbuceó:

—Y... ¿y ha sucedido sin dificultades?

—Sin ninguna dificultad... Desde hace tres días, el señor se mostraba conmigo más solícito y apremiante; pero no he querido ir muy de prisa. La señora tendrá la bondad de decirme cuándo desea el flagrante delito.

—El jueves, si le parece á usted.

—Muy bien: el jueves. A fin de interesarle más, no le concederé nada hasta entonces...

—¿Y está usted segura del éxito?

—Segurísima; sí, señora. Emplearé todos mis recursos para entretenerle hasta el momento que la señora designe.

—Pues lo dicho: el jueves, á las cinco de la tarde.

—Perfectamente. ¿Y en qué sitio?

—En... en mi cuarto.

—Sea. En el cuarto de la señora, el jueves, á las cinco en punto.

Puedes suponerte lo que hice después de esta conversación. Fui á buscar á mi padre y á mi madre; luego, á mi tío Orveln, el presidente, y después, á M. Raplet, el juez, amigo de mi marido. No les anuncié lo que iban á presenciar. Les hice entrar á todos andando de puntillas hasta la puerta de mi cuarto. Allí esperé á que diesen las cinco en el reloj. ¡Cómo me latía el corazón! Con objeto de tener un testigo más, hice que subiera el portero. Por último, en el momento en que empezó á tocar el reloj, ¡zas!..., abrí la puerta de par en par... ¡Qué escena, hija mía! Y ¡qué cara! Si la hubiera visto... Porque el muy estúpido volvió la cabeza hacia nosotros... Yo me retorí de risa. Mi padre quería pegarle, y el portero le ayudaba á vestirse, delante de nosotros... ¡Y le abrochaba los tirantes!... ¡Delicioso!... En cuanto á Ro-

sa, estuvo perfecta, y lloraba admirablemente, te lo aseguro. Es una joya. Te la recomiendo, si alguna vez te encuentras en mi caso... Y aquí me tie-

FILOSOFÍA DEL BAILE



—Dicen que las bailarinas ganamos de comer con las piernas. ¡Me parece que eso no les ocurre sólo á las bailarinas!

nes. Ya soy libre. ¡Viva el divorcio!

Y empezó á bailar á lo largo del salón, mientras la baronesa murmuraba pensativa:

—¿Por qué no me invitaste á ver eso?

GUY DE MAUPASSANT.



Chascarrillos y epigramas

Enfermó de rabia Clara y se la pegó á Pedrosa, y el doctor dijo á su esposa que la sangre le chupara.

Clara, que era la mujer de Pedrosa: —Con amor lo que usted mande he de hacer— dijo, mirando al doctor.

—Chupe.—Y al ir á chupar, Pedrosa dijo: —Que escupa, porque ya que me la chupa no se la vaya á tragar.

LUIS ESTESO.



Nuestros artistas y la guerra

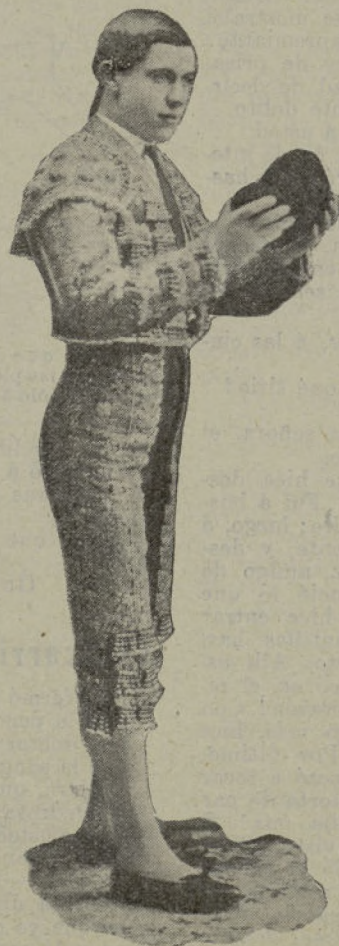
“Fortuna, te dé Dios, hijo...”

Negar que Diego Mazquiarán, «Fortuna», es la primera figura novilleril contemporánea, es negar la existencia de Dios, y sabido es que no hay un empresario á quien, al confeccionar un cartel de novillada, no le hayan colocado el consabido buen deseo: «Fortuna» te dé Dios, hijo...

Sin fortuna, nada puede hacerse en esta vida de positivismo y de mercado; pero dar sin «Fortuna» una novillada de primera, es tan imposible como que hagan académico á Cánovas y Cervantes, ó persona bien hablada al apoderado de Gao-na. Y conste que hoy es académico cualquiera, y para gozar fama de bien hablado hace falta muy poco.

«Fortuna» no ha tenido una fecha libre en la temporada, como no podía menos de suceder tratándose de un torero enterado y vistoso, que es, por otra parte, el más completo de los novilleros en boga.

Visto á sangre fría, ó, por mejor decir, antes de entrar en pelea con los toros, dijérase que «Fortuna» es un torero de Zuloaga, uno de esos toreros descarnados y de fibra que han dado vigor á cuadros celebérrimos.



DIEGO MAZQUIARÁN, «FORTUNA»

Pero ya en lucha, la figura de «Fortuna» se modifica de suerte que cualquiera diría que en Sestao se fabrican hechuras y salsa torera con el troquel más puro de Andalucía. Es el toreo de filigrana de los «Gallos», aunque sin la trampa de la casa, alternando con el toreo emocionante de la escuela rondeña, y todo ello aumentado con la condición de matar bien; ¡rara condición en los buenos «toreros»!

De ahí que á «Fortuna» no le haya perjudicado la guerra, ni haya tocado de cerca la crisis de espectáculos taurinos por ella provocada.

De ahí, la contestación afabilísima del diestro vizcaíno, á quien preguntamos si le había perjudicado la guerra, y respondió:

—Concluir ya debe «hacer» la guerra; pero lo que es perjuicio tampoco me ha hecho, pues.

—¿Y cuándo toma usted la alternativa?

—No sé; primero, voy á tomar «vermouth» con «Santi», y, luego, unas aceitunitas rellenas, que no le irán mal. ¿Y usted? ¿Venir no hase?

Y hubiese ido de buena gana; pero ir de buena gana á tomar «vermouth», que, si sirve para algo, es para

abrir la gana, me pareció un viaje innecesario.

Así, pues, dejé en paz á D. Diego Mazquiarán, á quien los bilbaínos harán homenajes y cederán buena parte del título de la invicta villa, que, en lo sucesivo, no se sabrá si se titula villa de Don Diego, por López de Haro ó por «Fortuna»...

Todo eso harán los bilbaínos en honor de su torero, y

... ¡Maz-qui-arán!...

CLARITO.

Sueño de loco

Ven, enferma de ensueño, á pasear conmigo
estos parques dolientes de la baráúnda urbana,

ya que el suave crepúsculo mansa lluvia desgrana
de lene poesía. Y á la vez que bendigo

las rimas de «saudade» de algún poeta, y sigo
la senda del misterio, dulce, ilusoria hermana,
cúduceme á la vera de la fuente que mana
puro y limpio el espejo del agua que bendigo...

Que bendigo porque ella retrata en sus cristales
el cláror de la Luna que en la noche rutila,
el azul, color bello de todos los ideales,

y los ojos de magia de aquel delirio mío,
febriciente visión que mi magín burila
con el burl de un loco, creciente desvarío.

N. HERNANDEZ LUQUERO.

DE LOS BARRIOS BAJOS



—Comadre: daría yo lo poquito que tengo por...
—Si tiene usted poquito, no nos hace...

<p>LUIS ESTESO</p> <p>VIAJE CÓMICO POR ESPAÑA</p>  <p>UNA PESETA</p>	<p>LUIS ESTESO</p> <p>ALARIDOS ERÓTICOS</p>  <p>TOMO PRIMERO. UNA PESETA.</p>	<p>LUIS ESTESO</p> <p>La Morcilla</p>  <p>EL PAGO DEL BURRO</p>	<p>Rebuznos, Lecherías, Alegres y Excitantes</p> <p>LUIS ESTESO</p> <p>NO MONÓLOGOS VERDER 71 C</p>  <p>UNA PESETA</p>	<p>LUIS ESTESO</p> <p>CARTAS PARA TODOS</p>  <p>VOLUMEN II 50 REALITOS.</p>
<p>La Reata humana.</p> 	<p>LUIS ESTESO</p> <p>LOS CAMINOS DEL AMOR</p>  <p>DOS REALITOS.</p>	<p>LUIS ESTESO</p> <p>Examen de chistes</p>  <p>UNA PESETA</p>	<p>LUIS ESTESO</p> <p>EL TURBION DE LA RISA</p> <p>UNA PESETA</p>	<p>LUIS ESTESO</p> <p>LA NOVELA VERDE</p>  <p>DOS REALITOS.</p>
<p>LUIS ESTESO</p> <p>CARTAS AMOROSAS</p>  <p>UNA PESETA</p>	<p>Para que rían las Mujeres. Luis Esteso.</p>  <p>DOS REALITOS.</p>	<p>LUIS ESTESO</p> <p>La mujer del primo</p> 	<p>LUIS ESTESO</p> <p>Chascarrillos y epigramas</p>  <p>UNA PESETA</p>	<p>LUIS ESTESO</p> <p>ENTREMESSES</p> 
<p>COUPLETS</p>  <p>LUIS ESTESO</p>	<p>LUIS ESTESO</p> <p>Quince Romances en Chufia.</p>  <p>VOLUMEN III. Dos reales.</p>	<p>Las cartas de Secundino</p>  <p>DIÁLOGOS DE TEATRO</p> 	<p>LUIS ESTESO</p> <p>Monólogos plearescos</p>  <p>UNA PESETA.</p>	<p>Para que rían los Curas por Luis Esteso</p>  <p>UNA PESETA.</p>
<p>LEON</p>	<p>LEON</p>	<p>LEON</p>	<p>CAPILLA GRATIS</p> <p>LA DELIRIOSA</p>	<p>LUIS ESTESO</p> <p>LA VIDA CACHONDA</p>

LUIS ESTESO

Por si el lector desconoce alguna de las obras de nuestro saludísimo colaborador, ahí le damos las portadas de sus principales libros. Todo el que los lee se pone malo de risa.

CANCIONERO GALANTE

UNA BUENA PRUEBA

BLANCO

Nombre y símbolo y compendio
del amor, vida del alma,
es todo lo que en el mundo
tiene lo «blanco» por gala.

«Blanco» es el traje soberbio
de la gentil desposada.
De «blanco» vistió Julieta
cuando á Romeo esperaba;
la bella amante de Fausto,
la Margarita alemana,
lució siempre «blanco» adorno
en su adolescencia cándida;
y «blanco» como la nieve
es el ropaje que guarda
las hermosuras de Ofelia,
de la triste y noble dama
que, entre amorosos recuerdos,
deshojando flores pasa...

No hay galán enamorado
que, si á su novia retrata,
no hable de su «blanco» cuello,
y de sus manitas «blancas»,
y de sus dientes de perlas,
y de su cuello de nácar,
y de otra porción de cosas
que no está bien recordarlas,
pero que, en punto á «blancura»,
le dan siempre quince y raya
á la espuma de los mares
y á los bloques de Carrara.

Y en el vaporoso encaje
de la mantilla calada,
y hasta en el rayo de luna
que, cual antorcha de plata,
para abrillantar idilios
la sombra nocturna rasga,
hay una nota que vibra,
un color que se destaca,
un beso de luz celeste
que desde la altura baja;
y ese color, y esa nota,
y esa caricia argentada
es el «blanco», porque el «blanco»,

TINO.



—Pero so celoso, si no te quisiera tanto,
¿crees tú que te aguantaría?

cual estrofa soberana,
es símbolo y es compendio
del amor, vida del alma...

M. R. BLANCO-BELMONTE.

Agentes exclusivos en Suramérica,
MASIP Y COMPAÑIA
RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Establecimiento tipográfico de «El Liberal».

Viuda de José Lerín

encargada de la venta de LA HOJA DE
PARRA en Madrid (**Abada, 22, tienda**),
reparte toda clase de periódicos y revistas.

ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
:: Memorias, etc., etc. ::

Marqués de Cubas, 7.-Madrid

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

HOMBRES

Faltos de energías, nerviosos, débiles, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUÉS

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por giro postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. • Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.ª derecha, Madrid* (casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada.*—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—*Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos* á los señores libreros y corresponsales de España y América.